

Cristina Bloj

De cuando la “ficción” superaba la “realidad”: Apuntes sobre la identidad nacional costarricense I Parte

Abstract: *This article, along the lines of studies of social identities and from an anthropological approach, reflects on the process of the shaping of the “national identity” in Costa Rica; its foundational emblems, the collective representations which have grown up around it, and its transformations throughout history. As well as examining the theoretical and methodological difficulties raised by studies of the key to identity, we aim to narrow down this category, so widely discussed in social sciences, in the light of the particular contents of the Costa Rican process.*

Resumen: *En la línea de los estudios sobre identidades sociales, y desde un acercamiento antropológico, estas páginas contienen una reflexión acerca del proceso de configuración de la “identidad nacional” en Costa Rica; sus emblemáticas fundacionales, las representaciones colectivas que se han generado a su alrededor, y sus transformaciones a lo largo de la historia. Al mismo tiempo que exponemos las dificultades teórico-metodológicas que plantean los abordajes en clave de identidad pretendemos tensionar esta categoría, tan evocada en las ciencias sociales, a la luz de los contenidos singulares que asume el proceso costarricense.*

Frecuentemente encontramos subrayadas, en la literatura sobre Centroamérica, las condiciones “excepcionales” que reviste el caso de Costa Rica¹. Eludir esta adjetivación sería necio ya que su recurrencia, a veces crítica y otras no tanto, arro-

ja contundentes indicios acerca de los caminos por donde ha transitado la representación colectiva. Cualquier empeño analítico que desestime esta cuestión —el de las gestas, episodios, héroes, consagrados en el corpus “oficial” de la historia costarricense—, no lograría aproximarse a las bases de la construcción de ese “gran relato” nacional, y a la lógica de sus transformaciones. En todo caso, se trata de problematizar estas “ficciones”² e inscribirlas en el flujo de las vicisitudes de la identidad colectiva ya que han gozado de plena verosimilitud, al menos hasta las décadas más recientes. En adelante exploraremos, a la luz de una mirada antropológica y en clave de identidad, los trazos de la configuración nacional costarricense, sus emblemáticas fundacionales y los contenidos actuales.

Al encuentro de una antropología de la identidad

La preocupación alrededor de las identidades —individual/colectiva— ha integrado el corpus del pensamiento social occidental; desde diferentes perspectiva y énfasis se han elaborado respuestas sobre la naturaleza y modalidades de la definición del “sí mismo”, de las relaciones de los sujetos y sociedades entre sí. En este sentido, la categoría “identidad” sugiere la apertura a un campo de conocimiento eminentemente “social”. ¿Por qué resaltamos este carácter que parece tan obvio? Porque de manera directa interpela

el accionar colectivo; porque necesariamente los sujetos y las sociedades se vinculan, se identifican en diferentes escalas, se clasifican, se excluyen e incluyen en un movimiento continuo; y esta simple evidencia deja entrever una de las claves para desentrañar los núcleos de la vida en sociedad. La pregunta acerca del "otro", social y cultural, ha resultado fundante del discurso antropológico desde sus orígenes.

Aunque elípticamente abordado, el problema de la identidad ha asomado a la reflexión en un intento de catalogar a los "extraños" mundos "salvajes" al tiempo que fundamentar los nuevos principios que regirían en las sociedades "modernas". Y, en este sentido, la identidad está intrínsecamente ligada a la construcción de una "ciudadanía", aunque luego la trascienda, desde el momento en que la "igualdad" formal, la "inclusión", se visualiza como un imperativo de las fronteras nacionales; su reverso, la "exclusión", es la otra cara del proceso.

Como bien sabemos, durante el siglo XIX la sociología positiva domina el espectro intelectual. Su perfil como ciencia se delinea tras el ímpetu del progreso y los conflictos que acarrea en las sociedades, ahora "con Estado". La antropología clásica, en cambio, restringió durante muchas décadas su objeto de estudio a los grupos étnicos —a las sociedades "sin Estado"— y a los problemas derivados de la colonización y de la inserción de los mismos en esas nuevas entidades nacionales. Hoy este polo de interés convive con otros objetos de estudio que se superponen con los de la sociología, la historia, la psicología, o la teoría política. Las tradiciones son claras y diferenciadas, pero los límites son cada vez más difusos. Excede la intención de este ensayo desarrollar, exhaustivamente, los innumerables aportes que provienen de estos campos; pero algunas referencias resultan ineludibles.

En la connotación más actual, la categoría de "identidad social" se la debemos al psicólogo social Erik Erikson y a su ensayo de 1968, "Identidad, juventud y crisis". Posteriormente la noción ha atravesado por períodos de auge y declinación de acuerdo con las encrucijadas teóricas que han fomentado su reificación o denostación. En las últimas décadas se ha revitalizado la preocupa-

ción por la identidad y la expansión de los estudios, bajo este tamiz, ha traído consigo valiosas contribuciones así como, y hay que decirlo también, un uso indiscriminado donde todo fenómeno puede ser leído en estos términos.

En todo caso, la obra de F. Barth, "Los grupos étnicos y sus fronteras" (1976) constituye un punto de inflexión en este trayecto no sólo para los estudios antropológicos sino también para los enfoques "genealógicos" de la nación, en general. La "adscripción" como mecanismo de configuración y persistencia de los grupos étnicos así como la idea de "límite", son los núcleos de esta obra que intenta romper con una tradición que hallaba en el aislamiento geográfico y cultural la clave de la autoafirmación y persistencia de los grupos étnicos. Pese a lo antedicho, la explicación genealógica no deja de ilustrar una lógica cognitiva fiel a la cosmovisión de la ciencia "moderna", disyuntiva y dicotómica. Por tanto, se resiste a considerar las multivariantes y desdoblamientos que presentan estos procesos; hecho que, desde nuestro punto de vista, debilita sus argumentaciones. Volveremos sobre esta cuestión.

En principio, podemos consignar que: "... cuando hablamos de identidad hacemos referencia a una noción que remite al modo en que los sujetos y grupos sociales se reconocen en una espacialidad y una temporalidad determinada al mismo tiempo que en conciencia de su alteridad".³ Las categorías de "espacio" y "tiempo" imponen una atención central en tanto "sitúan" estos procesos en coordenadas socio-históricas definidas. El *espacio* no constituye una mera referencia sino una *entidad significada*: una configuración identitaria se construye alrededor de una frontera, un espacio de la acción y la representación. Del mismo modo, el *tiempo* es siempre un tránsito con contenido *histórico* mediado por la memoria colectiva que interpreta y reinterpreta. Son referentes que permiten entrever el anclaje de una configuración.

¿Pero cómo se funda un lazo social de este tenor? ¿La experiencia colectiva es una dimensión central o es el producto de la pura representación? ¿Se dirime en acciones comunes, negociaciones, confrontaciones, o es una imposición desde el poder? Desde nuestra perspectiva, una

configuración identitaria no es el reflejo, ni el resultado puro y simple, de las prácticas y experiencias colectivas, pero ellas juegan activamente. Del mismo modo, las representaciones que se tejen a su alrededor no son menos "reales". El "nosotros", lo propio, se ciñe alrededor de un límite pero ese límite es tan simbólico como, podríamos decir, "instrumental" —por no encontrar un término más ajustado—.

El problema de la identidad nos reenvía a la crítica de la noción, en tanto que, semánticamente, parece sujeta a propiedades "idénticas" pero desde el punto de vista que entendemos la cuestión no es posible su definición sin poner el acento en la "diferencia", como su reverso insoslayable. En este sentido, pareciera conllevar una imposibilidad básica: construir un "nosotros" en una realidad plural, pero en la medida que aceptamos los *desdoblamientos* y el carácter "*incompleto*" —sujeto a transformaciones y resignificaciones— como las condiciones más íntimas del proceso, es factible revertir la connotación peyorativa de estas adjetivaciones. El "equivoco", si es posible utilizar este eufemismo, ha sido profundizado por estas teorías "esencialistas".

Se podría conceder que su enunciación apela a un "corpus nodal", y no en vano una serie de autores introducen la noción de "matriz" identitaria. Pero esta afirmación no conduce, irreversiblemente, a postular la existencia de un único modo de significar estos aspectos ni que se trate de un conjunto de rasgos fijos e invariantes. Muy por el contrario *los procesos de autoafirmación colectiva son dinámicos así como manifiestan una doble naturaleza: "ficcional" y "objetiva"*.

Pero si avanzamos en el análisis, es necesario diferenciar en cual de las múltiples expresiones de una identidad social estamos pensando —de clase, política, regional, nacional, étnica, etc.— así como desde qué punto de vista —desde el Estado, desde los sujetos involucrados, desde ambas esferas, etc.— abordamos la cuestión. No se trata de aplicar un modelo, una teoría general de la identidad, y ver en qué medida hacemos encajar la realidad en él; cada escala, cada objeto de estudio que se construye, nos plantea diferentes interrogantes, caminos y herramientas teórico-metodológicas.

Si nos situamos en la experiencia de la "*identidad nacional*" veremos que ese tiempo y esa espacialidad, que mencionábamos más arriba, "enmarcan" experiencias y representaciones diversas, no siempre coincidentes con la retórica nacionalista. Nos confrontamos, así, con tiempos y espacios simultáneos y entrelazados, en convergencia o en conflicto, con continuidades y discontinuidades. Tras el velo de la identidad nacional se esconde una "multiplicidad" de identidades culturales y sociales. *La afirmación de un "nosotros" es un proceso que no se agota en un momento puntual y su expresión es fragmentaria a la vez que polisémica, y esta singularidad nos coloca, como investigadores, en una posición nada sencilla ya que el mismo objeto de estudio revela, podríamos decir, una faceta "inasible"*. En todo caso, un concepto que mejor se aproxima a la índole de este vínculo social es el de "*crystalización provisoria*", en los términos planteados por L.A. Romero⁴. Encontramos aquí un intento loable de suturar en algún punto esa evanescencia, replicando a las posturas "esencialistas", puesto que la idea de provisoriedad remite directamente al carácter dinámico de la vida social misma.

Como se puede inferir, los enfoques "esencialistas" no están en condiciones de ofrecer una lectura satisfactoria. La insistencia en los rasgos permanentes sobre los cuales apoyar una configuración identitaria ha conducido hacia cristalizaciones cerradas, sentidos uniformes, y erráticas confrontaciones entre "tradición" y "cambio". Pero su debilidad reside tanto en aferrarse a las permanencias como en negarles el carácter polisémico y variable⁵. Tomar por el camino de los "núcleos fijos" restringe la comprensión ya que bastaría con arribar a esa "matriz" de rasgos inmutables, eludiendo el conflicto que introduce la heterogeneidad y las confrontaciones simbólicas. Estas posturas parecen no lograr trascender la "literalidad" de la noción —"lo idéntico"— y ello no constituye una interpretación aislada de un problema sino que responde a un paradigma dentro del cual se torna coherente con una cosmovisión más amplia acerca de la sociedad y el cambio.

Hay un desafío teórico-metodológico en los estudios sobre identidad: desplegar los contenidos respetando las "ambigüedades" y reconstruyendo

el amplio espectro de significaciones que se gestan al interior de una misma configuración. Un intento en esta dirección exige una re-lectura crítica de las fuentes, donde otros han visto validadas sus argumentaciones en sentido “esencialista”, que incorpore el tránsito de la “memoria colectiva” y la lógica de los “olvidos” y las “consagraciones”. Asimismo, caracterizar la contemporaneidad exige un trabajo empírico en profundidad donde prácticas y discursos se hilen en una trama común.

Un aire de estos vientos está azotando la investigación social desde hace cierto tiempo. Este giro implica una visión metodológica renovada, con la apertura hacia fuentes que hasta ese momento habían sido descalificadas por falta de “objetividad”, o por extrema “particularidad”, y también una modalidad diferente de concebir a los “sujetos” y construir los “objeto de estudio”. Si aceptamos que las expresiones “no consagradas” en la epopeya histórica son algo más que mera subjetividad, sin valor analítico; si entendemos que la vida cotidiana de los sujetos también “dice” acerca de la sociedad; si aceptamos que al mismo tiempo que recogemos datos los estamos construyendo interpretativamente y selectivamente, estaremos trabajando para consolidar un lenguaje y una práctica científica menos reduccionista y más compleja.

La encrucijada de la nación

¿Por qué insistir en preguntarnos por la identidad nacional justo hacia el fin de la década, que más que ninguna otra, la ha puesto en entredicho? La contemporaneidad es paradójica⁶, y esta particularidad se agudiza en las realidades latinoamericanas en las cuales los imperativos de la mundialización se enfrentan con sociedades que contienen, en términos de García Canclini, “...una tradición que aún no se ha ido y una modernidad que no termina de llegar”.⁷ Situar el análisis en las encrucijadas actuales significa no sólo lidiar con la pretendida hegemonía de un discurso –neomodernizador, neoliberal, neoindividualista–, acreditando su capacidad para “construir realidades”, sino también con una práctica

de los Estados, de los capitales, de la información, de los sujetos, de la mediación y la representación social. El paradigma neoliberal tiende a limitar, al menos enunciativamente, la centralidad de los Estados-nacionales aunque sin alcanzar a impugnarlos; pretende trascender sus fronteras e inscribir, en el imaginario colectivo, la pertenencia a una “*aldea global*”, a una “*sociedad global*”. Y en el afán de contener las contradicciones que emergen, y reubicarlas en el plano trazado, cobran vida neologismos tales como “globalización” –síntesis entre lo “local” y lo “global”–. Pero este propósito es “imperfecto” porque no es tan sencillo diluir una cosmovisión forjada en casi dos siglos, y prueba de ello es la solvencia con que aún los Estados defienden sus intereses en el seno mismo de las configuraciones más integradoras que propician. Es indudable que este panorama nos conduce a tratar el problema incorporando nuevos desdoblamientos y dimensiones; pero no podemos decir, al menos hasta el presente, que los Estados-naciones hayan desaparecido como referencia.

Para la práctica antropológica el fenómeno de la identidad a escala “nacional” parece desbordar sus distintivos teórico-metodológicos, heredados de la tradición de la etnografía clásica, del estudio de los universos “micro”, de los “intersticios”. La significatividad de estos espacios de conocimiento fue reivindicada por la disciplina casi en el mismo movimiento en que la trama sociológica de principios de siglo desestimaba estos “objetos” por irrelevantes, tras la búsqueda de una teoría general de la sociedad y la acción. Aquí reside en gran medida la aparición relativamente tardía de la preocupación antropológica alrededor de la nación y los nacionalismos.

La *identidad nacional* es una *estrategia de diferenciación* que gira alrededor de la institucionalización política de un Estado donde se articulan formalmente mecanismos de “inclusión y exclusión”. Su conformación es aún más pretenciosa e “invasiva” que las denominadas identidades parciales, pues aspira a comprometer al conjunto más amplio y reduce el universo de lo diverso. Si bien es un proceso, en cierta medida, análogo a otros tipos de asociación entre sujetos, no es homologable en todos sus términos. Somos

conscientes de los obstáculos que introduce el abordaje a esta escala, puesto que si las "identidades parciales"⁸ resultan de complejo registro, multiplican las variables y las complejiza; expande la polisemia. Sin embargo, la antropología ha tenido algo que decir en estos tiempos.

¿En qué reside, entonces, su particularidad? Algo ya hemos esbozado, pero lejos de pretender arribar a una respuesta acabada nos limitaremos a distinguir al menos ciertas características. Es la dimensión política de la identidad lo que se pone en juego —el Estado y la narrativa nacionalista— en la generación y sostenimiento de una configuración nacional; opera como una suerte de horizonte básico —ser ciudadano de tal o cual nación. Ahora bien, este horizonte no otorga los mismos privilegios a todos los segmentos que contiene y, además, gravita en menor medida que las identificaciones parciales en la conciencia cotidiana (a excepción de los momentos históricos donde su exacerbación a provocado verdaderos movimientos ultranacionalistas, con las consecuencias por todos conocidas). Como agudamente observa Michel Oriol, "*.....la historia nacional no es compartida ni construida por los miembros de un grupo sino es arrancada, precisamente, de esa especie de "relato burocrático" fijado y transmitido por los sistemas de educación: historia, lengua, cultura, solidaridades comunitarias, son igualmente vulnerables a este proceso.*"⁹ Como contrapartida, en los espacios de identificación parcial, sean ellos amplios o reducidos —más o menos permanentes— quienes participan tienen una posibilidad más directa de negociación identitaria. Los intereses, las estrategias, las reivindicaciones, las prácticas, se van corporeizando y modificando en un proceso en el cual la voz de los participantes tiene predicamento.

Revisando la literatura sobre el fenómeno de la nación, podemos establecer inmediatas derivaciones de las teorías clásicas.¹⁰ Por ejemplo, las posturas "esencialistas" tienen su anclaje en el pensamiento idealista alemán, dentro del cual el hegelianismo ha participado activamente en la construcción de la racionalidad moderna. Sea la "naturaleza" o el "Estado", se afirma la creencia en la existencia de un "centro del fundamento y

de la esencia" que resuelve las dualidades y las diversificaciones sociales. Es interesante reparar cómo el legado de este pensamiento ha sido recuperado por la historiografía nacionalista conservadora, tributando a la creencia de una sociedad nacional, como "cuerpo homogéneo", cohesionada bajo los imperativos de la "tradicición".

En este sentido, el llamado a la identidad nacional reenvía a los "orígenes", como condición de legitimidad; a las gestas pasadas; a emblemáticas con una sobrecarga de significación para forzar la representación de la "unidad"; a un territorio con fronteras precisas; a un Estado determinado. Alrededor de estos tópicos se delinea una narrativa que hace pie en la tradición y en la historia y que revela un mecanismo manipulador que recubre la idea de nación del "nacionalismo".

Ahora bien, para los cientistas sociales más contemporáneos el nacionalismo constituyó, durante mucho tiempo, un tema irritante por su identificación con fenómenos como el fascismo. El viraje al respecto hay que situarlo a finales de la Segunda Guerra Mundial aunque, en rigor de verdad, la mayor proliferación de estudios se remite a las décadas del setenta y ochenta. En el caso latinoamericano, este giro se vio acompañado de una revisión de las condiciones de emergencia de nuestros Estados-nacionales y una reivindicación de la pluma de los intelectuales del siglo XIX. Pero en líneas generales, la preocupación se concentró en el nuevo orden heredado de la Segunda Guerra, por los procesos de descolonización, por la delimitación de fronteras nacionales inéditas. La inquietud adicional de los noventa ya la hemos esbozado y persiste en su intento de interpretar los fenómenos cada vez más crecientes de multiculturalismo en el seno de las naciones, compaginando las fragmentaciones con la idea de una identidad global.

En el contexto de las décadas del sesenta y setenta se acentúa la crítica a la tradición liberal y marxista, "grandes teorías" que brindaban explicaciones dentro de un esquema causal-predictivo. El marxismo, predicando el fin como destino irreversible del proceso histórico universal, y el liberalismo, reafirmando la "nación" modélica, fueron puestos progresivamente en entredicho.

En medio de este debate “modernizadores” y “genealogistas” disputaron la “verdad” sobre la naturaleza del fenómeno. Los primeros acentuando la dimensión “cívica” y “comunicacional” y los segundos, la dimensión étnico-cultural, tras un intento de desarticular las proposiciones de corte más positivista y universalista. En lo que respecta a la visión “primigenista” las argumentaciones de Barth ya han sido esbozadas. En la línea de los “modernizadores” se destacan, en el campo antropológico, los trabajos de *Ernest Gellner* y *Benedict Anderson*.¹¹

Gellner se dirige a precisar la naturaleza de las relaciones entre “unidad política” y “homogeneidad cultural”; las relaciones entre el Estado, la Sociedad Civil, la identidad cultural y la legitimidad. Al caracterizar las diferencias que introduce el pasaje de las sociedades pre-industriales a las industriales, y los cambios registrados en el siglo XX, su argumentación se dirige a atacar el núcleo de la presunción marxista respecto del “inevitable” fin de los nacionalismos.

Gellner concibe al lenguaje como epicentro de la transformación moderna, en tanto vehiculiza una extensión del “control semántico” a todos los sectores sociales, eliminando los privilegios de que gozaban, en este sentido, las “altas culturas” en la situación previa. El sistema educativo, en un medio lingüístico estandarizado, generaliza esta capacidad y convierte al hombre moderno en “nacionalista”. Por lo tanto, su hipótesis revierte lo pronosticado por el marxismo demostrando que el sentimiento nacionalista tiende a afirmarse en esta nueva relación entre el Estado, como unidad política, y la cultural. Gellner reconoce que pese a la “homogeneidad” que introduce el sistema educativo, el industrialismo crea disparidades y genera conflictos. Pero, justamente, ello reforzaría el establecimiento de las fronteras: bajo las leyes del “libre mercado”, las regiones menos avanzadas tienden a aislarse y reforzar su unidad política, cultural y económica. Unidades políticas separadas, con su propio sistema educativo, su propio simbolismo e imagen cultural.¹²

Los críticos de este autor han consignado su obra como una “teoría cultural de los lazos sociales” en la cual la “lengua” tiene un lugar central y en la cual la naturaleza de la cultura esta pre-

condicionada por el desarrollo socioeconómico.¹³ Una observación aguda sobre este esquema proviene de Anthony Giddens (1985) al sugerir que estamos frente a “...una teoría de la comunicación que pierde el énfasis, precisamente, sobre el papel de la comunicación.” Otros estudiosos hacen hincapié en el excesivo determinismo que le adjudica al modelo de desarrollo.

Desde nuestro punto de vista, además, otro aspecto que genera tensión es el intento de establecer cierta paridad entre las categorías “identidad nacional” e “identidad cultural”. Por un lado manifiesta la voluntad de utilizar el concepto de cultura en un sentido “antropológico”; sin embargo, lo termina reduciendo a la educación oficial. Es ciertamente constatable el rol que ha jugado la educación en la extensión de los principios republicanos, pero debemos tener presente que no hay “una identidad cultural” en el espacio nacional sino “identidades culturales”. La cultura no queda reducida a los saberes estandarizados que transmite la educación, aunque formen parte de ella y aunque la operatoria de consolidar el imaginario de la nación tienda a fundirlos y mimetizarlos.

La contribución de Benedict Anderson es ciertamente incuestionable. Distinguimos dos aspectos que lo distancian de la propuesta de Gellner, pese a estar ambos identificados con una vertiente que pone énfasis en los aspectos comunicacionales. El primero refiere al lugar que se le concede al lenguaje; el segundo, la introducción del concepto mismo de “imaginación” de Anderson. Este último sostendrá que una lengua particular no ocupa un lugar fundamental en términos de reivindicación de una identidad. Toma el ejemplo de las ex-colonias para ilustrar que no habría una correspondencia directa entre los nacionalismos y las fronteras que se definen a partir de las lenguas. En realidad, hace hincapié en el hecho de que lo que “inventa” el nacionalismo es la lengua impresa, y no una lengua específica. La lengua escrita, los medios de comunicación, asociados a condiciones materiales, hacen posible la formación de la “comunidad imaginada”. Concretamente está pensando en la imprenta y su contribución a la difusión del conocimiento. Es la posibilidad de construir una “novela nacionalista” (con su trama realizada en un espacio

común reconocido) y el periódico, con su conciencia del paso del tiempo, lo verdaderamente relevante para la formación de una conciencia nacional. Una particular combinación de “tiempo y espacio” en la cual es vital la idea de “*simultaneidad estable y sólida del paso del tiempo*”. Así, la nación aparece “estable” y fundada alrededor de la idea de “*camaradería horizontal*”.¹⁴

Ni el desarrollo de Gellner ni la “comunidad imaginada” de Anderson alcanzan a recorrer con sus diseños teóricos el problema de la heterogeneidad al interior de los límites nacionales, y del continuo proceso de redefinición, girando ambos alrededor de la explicación “fundante”: el primero por la vía de la educación y el segundo por la imprenta. Asimismo, y sin poner en duda la ruptura que las teorías de la “invención”¹⁵ han provocado respecto de los análisis clásicos, como ha señalado J.L. Ampselle las representaciones no son menos reales que lo que intentan representar y se podría sostener que el paradigma de la “invención” y de la “creación” es, en algún sentido, “...*el reverso del objetivismo que pretende denunciar*”.¹⁶

No obstante las críticas posibles, la noción de “comunidad imaginada” ha sentado un precedente teórico a partir del cual los trabajos más recientes han construido sus propios desarrollos. Tomaremos un ejemplo, de entre muchos de ellos, por sus consideraciones empíricas. J. Letourneau, desde un enfoque semiótico de la historia, retrabaja el concepto de “comunidad de comunicación” de Anderson para analizar la fundación del Estado Canadiense (1867), los procesos de internacionalización mundial posteriores y las dificultades de integración que han provocado al interior del Estado. En función de tensionar sus argumentaciones, despliega los diferentes “relatos históricos” que conviven en el Estado Canadiense y cómo ellos evidencian procesos de selección y recorte de la “memoria colectiva”. Toma como momento particularmente significativo las décadas del sesenta y setenta, en las cuales el discurso de la tecnocracia, en tanto “comunidad de comunicación”, se afirma en el espacio público y político, intentando recomponer los referentes fundamentales de la vida colectiva y modificar significativamente el universo simbólico. A

este fenómeno lo concibe como un verdadero proceso de reinvencción de un grupo, efectuado sobre “*una triple operación, histórica, de memoria y de identidad*”. Histórica, ya que implica una reconfiguración y una reescritura substancial del gran “relato” por el cual la colectividad establece su existencia y construye su pasado; de la memoria, porque parte del recuerdo y de la “indiferencia” de la experiencia vivida; identitaria, porque contribuye a la producción de una nueva figura del “ser colectivo”. Figura que tiende a representar el “todo social” de una manera coherente, unitaria y homogénea.¹⁷

Desplegadas, aunque muy sintéticamente, estas argumentaciones, estamos en condiciones de sistematizar, al menos provisoriamente, algunas premisas que nos guiarán en el análisis del caso costarricense. ¿Es posible hablar de “identidad nacional” por fuera de ese “gran relato” oficial? ¿En qué medida interviene la percepción de los actores? ¿Podemos usar indistintamente las categorías de “identidad cultural” e “identidad nacional”? ¿Por qué fracasan, en su afán explicativo, las posturas esencialistas? Hemos adelantado algunas presunciones pero merece la pena volver sobre ello.

En primer lugar, sólo consagrando como “verdadero” y unívoco el relato nacionalista; limitándose a exaltación de gestas y acontecimientos patrióticos; consignando rasgos y emblemáticas en el contexto de una tradición concebida punto fijo e inmutable; sólo así es posible fundamentar, construir y sostener un “imaginario nacional” desde la perspectiva “esencialista”. No podría ser de otro modo. Evidentemente, en la línea de investigación que seguimos el problema no se agota ahí donde lo cierran estos discursos. Es sensiblemente más complejo pues se intenta visibilizar y registrar las formas identitarias que asume la diversidad. La lectura de estos procesos nos conduce hacia los acontecimientos y hacia los sentidos polisémicos que adquieren en su tiempo, y con el tiempo.

La arquitectura nacional encierra confluencias que singularizan, e incluyen al conjunto, y puntos de conflicto sobre los cuales no hay consenso. Y es a partir de este reconocimiento que podremos “recalificar” el pasado, penetrar en la

lógica de sus transformaciones y comprender algo más de las condiciones presentes. La construcción de una identidad es un proceso que no está sellado; en cierta forma siempre permanece inconcluso y esta afirmación nos compromete a transitar tanto por los hitos resaltados en la “novela nacionalista” como por el heterogéneo universo de representaciones que encierra. Asimismo, su construcción tiene bases “objetivas” a la vez que ficcionales. Estos términos son polémicos y los estudios actuales intentan saldar estas dicotomías. No se trata de legitimar, a través de criterios objetivos, una construcción subjetiva —o viceversa— sino aceptar esta doble naturaleza; dos fuentes simultáneas que tributan a la construcción de un imaginario colectivo.

La fuerza simbólica que ha extendido el nacionalismo, en la lectura del pasado como en el destino futuro de una nación, ha requerido de selecciones, invenciones, omisiones, en función de cristalizar la idea de “nación”, y al mismo tiempo legitimar ciertas relaciones de poder en desmedro de otras. ¿Pero se podría sostener, acaso, que este discurso no reconoce la diversidad? Justamente, lo contrario: porque existe plena conciencia de la diversidad y de la multiplicidad de “apropiaciones” de lo “nacional” que circulan en el espacio social —y de las dificultades que derivan del intento homogenizador— es que redobla el esfuerzo de “imaginar” la unidad. Del mismo modo, la narrativa nacionalista insiste en amarrarse a “puntos fijos”, atemporales e invariantes, porque también implícitamente lucha contra la dinámica social y las transformaciones.

La heterogeneidad y los cambios abren un universo de riesgos que el conservadurismo tolera con dificultad a la vez que no puede evitar. La nación, como “unidad” está permanentemente enfrentada a encrucijadas amenazantes para su integridad —la realidad de las reivindicaciones autonómicas europeas es un buen ejemplo de ello— porque las fuerzas sociales que la integran pugnan por su visibilidad; y esta evidencia es válida para el “siglo de los nacionalismos”, para la relectura de ese pasado, y para el análisis del presente.

Como vemos es complejo considerar el fenómeno de la nación sin remitir al “nacionalis-

mo”, aunque seamos conscientes de su distinción, porque el Estado-nación aparece mediado por una potencia narrativa y simbólica que lo representa, aunque no siempre de una manera política, estrictamente. Si intentamos desanudar sus mecanismos y recursos veremos que son dimensiones que se entrelazan necesariamente en la constitución de una identidad nacional.

Notas

1. Pakkasvirta, Jussi (1997): *¿Un Continente, una Nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*. Helsinki, Academia Scientiarum Fennica. En este texto los casos de Costa Rica y Perú son presentados como estereotipos de “.....extremos nacionales en América Latina.” p.17.

2. Es importante aclarar que al término “ficción”, que encontraremos citado en diversas oportunidades a lo largo de estas páginas, no se le adscribe un carácter peyorativo sino que es tomado en el sentido de: “.....que son algo “hecho”, algo “formado” —que es la significación de fictio—, no necesariamente falsas o inefectivas....”. Geertz, Clifford (1981): *La interpretación de las culturas*. Barcelona. Edit. Gedisa, p. 28.

3. Bloj, Cristina (1992): “De la identidad y sus espacios”, en *Estudios Sociales*. Revista Universitaria Semestral. N°3. Santa Fé, p.45.

4. Romerom, Luis Alberto (1987): “Los Sectores Populares en las Ciudades Latinoamericanas del siglo XIX: La cuestión de la identidad”, en *Desarrollo Económico*, VOL 27, N°108. Buenos Aires, p. 15.

5. Bloj, Cristina (1992): “De la identidad y sus espacios.....”, p.30.

6. Mansilla, H.C.F. (1995): “Principios universales y valores particulares: El racionalismo occidental y las identidades sociales premodernas”, en *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, n° 125. Madrid. Fundación Sistema. El autor, abonando el sentido expuesto, plantea que: “Lo novedoso de la situación contemporánea parece residir en una curiosa amalgama entre una defensa de la propia tradición cultural (percibida en estado de máximo peligro) y una apropiación acrítica de los elementos técnico-económicos de la civilización industrial de Occidente”. p. 95.

7. García Canclini, Néstor (1990): *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México. Editorial Grijalbo, p. 115.

8. Los sujetos, al interior de la sociedad, se agrupan comprometiendo aspectos parciales de su accionar, y generan también representaciones "parciales"; se produce un cruce de núcleos de identificación donde convergen distintos planos de la vida cotidiana.

9. Oriol, Michel (1989): "Identité Produite, Identité Instituée, Identité Exprimée: Confusions des théories de l'identité nationale et culturelle", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*. VOL LXVI. Presse Universitaires de France. Paris, Janvier-Juin, pp.45-46.

10. Hay un gran número de autores que han trabajado y trabajan la cuestión nacional tanto en referencia a los Estados-Nacionales europeos como latinoamericanos. Para ampliar el tema consultar: Tivey, L. (1987); Gibernau, R. (1990); y otros autores serán citados en lo sucesivo.

11. Esta tipología no debería ser tomada tan rígidamente ya que podemos encontrar en algunos de los autores intentos de conciliar ambos paradigmas y tender puentes entre una y otra visión. A esta relectura, de marcada impronta antropológica, se asocian fundamentalmente los nombres de K. Deutsch, en la década del cincuenta, y posteriormente F. Barth, A. Smith, E. Gellner, y B. Anderson.

12. Gellner, Ernest (1989): *Cultura, Identidad y Política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Madrid, Edit. Gedisa, p. 45.

13. Entre ellos podemos citar el trabajo de Schlesinger, Peter (1989): "Identidad Nacional: Una crítica de lo que se entiende y malentiende sobre este concepto", en *Revista de Investigación y Análisis*, Vol II/Nº6, México, Universidad de Colima, p. 70.

14. Anderson, Benedict (1991): *Imagined Communities. Reflections on the origin an spread of nationalism*. Verso, London.

15. En la línea de la "invención" merece también citarse la obra de Eric Hobsbawn, y sus colaboradores en "The Invention of Tradition" (1983). La consideración que atraviesa todo este conjunto de ensayos es que las "tradiciones", sean de mayor o menor profundidad histórica, siempre manifiestan una relación activa con el presente que motiva su aceptación, "*Las tradiciones son algo que se busca...Los 'renacimientos' son la forma característica de esta tradición rehabilitada*". Hobsbawn llama la atención también hacia la manera en que la historiografía puede contribuir "*.....a la creación, desmantelamiento y reestructuración de imágenes del pasado que pertenecen no sólo al mundo del especialista sino a la esfera pública del hombre como ser político*".

16. Ampsell, Jean L. (1992): "Constructions identitaires: questionnements théoriques et études de cas", en *Actes du Célat* Nº6, Université Laval. Québec, Canadá, p.22.

17. Letourneau, Jocelyn (1991): *Le Québec moderne. Histoire, memoire, identité*. Communication présentée au 15^e Congrès Mondial de L'Association Internationale de Science Politique. Buenos Aires. En esta obra plantea en líneas generales que Canadá arrastra un problema estructural en torno a la "unidad" y la "identidad". Su expresión ha ido históricamente variando y aunque con dificultades para mantener la integración ha perdurado como un Estado Nacional.

Bibliografía

- Acuña, Victor H. (1995) "Historia del vocabulario político en Costa Rica: Estado, república, nación y democracia (1821-1949)", en *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. Tarra-cena A., y Arturo Piel, Jean (comp.), Editorial de la Universidad de Costa Rica, San José.
- (1998) "Memoria, olvido, impunidad y secularización política", en *La percepción de lo político en Costa Rica*. Jiménez, A.; Oyamburu, J. González, M.A. (comp.), San José, Editorial Fundación UNA.
- Adams, Richard N. (1992) *Etnias en evolución social. Estudios de Guatemala y Centroamérica*, Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Iztapalapa. División de Cs. Sociales y Humanidades. Dto. de Antropología.
- Aguilar, Lorena; Barley, Mitzi y otros (1995). *¿Feminismo en Costa Rica? Testimonios, Reflexiones, Ensayos*. San José de Costa Rica. Editorial Mujeres.
- Amselle, J.L. (1992) "Constructions identitaires: questionnements théoriques et études de cas", en *Actes du Célat* Nº6, Université Laval. Québec, Canadá.
- Anderson, Benedict (1991) *Imagined Communities. Reflections on the origin an spread of nationalism*. Verso, London.
- Barth, Friederik (comp) (1976) *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México. Fondo de Cultura Económica. México.
- Bloj, Cristina (1992): "De la identidad y sus espacios", en *Estudios Sociales*. Revista Universitaria Semestral. Nº3. Santa Fé.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1981) "Lo propio y lo ajeno: una aproximación al problema del control cultural". En: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociología*. Nº103. México. UNAM.
- Casaus, M. y Castillo Quintana, R. (1987) *Informe sobre Costa Rica*, Documentos y Materiales de Trabajo Nº5. Madrid, Cedeal.

- Cordero, Allen (coord.) (1998) *Cuando las mujeres mandan*. San José, Costa Rica: FLACSO.
- Devoto, Fernando (1992) "Idea de nación, inmigración y 'cuestión social' en la historiografía académica y en los libros de texto de Argentina (1912-1974)", en: *Estudios Sociales*. Revista Universitaria Semestral. Año 2, N°3. Santa Fé.
- Dumond, F. (1979) "Ethnies, Cultures, Nations", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*. Vol LXVI. París: Presse Universitaires de France. Janvier-Juin.
- Dunkerley, J. (1988) *Power in the Isthmus. A political history of modern Central America*. London, New York: Verso.
- Edelman, M. y Kenen, J. (edit.) (1989) *The Costa Rica Reader*. New York: Grove Weidenfeld.
- Erikson, E. (1971) *Identidad, Juventud y Crisis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Fournier, Luis A. (1988) "Ecología, tecnología y desarrollo", en *Costa Rica hacia el 2000*, Barahona, F. (coord.), Caracas: Edit. Nueva Sociedad. Unitar/Profal.
- García Canclini, N. (1990) *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo.
- Geertz, C. (1981) *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Gellner, E. (1989) *Cultura, Identidad y Política. El nacionalismo y los nuevos cambios sociales*. Madrid: Gedisa.
- . (1998) *Nacionalismo*, Barcelona: Editorial Destino S.A.
- Gibernau, R. (1990) *Los nacionalismos*. Barcelona: Ariel.
- Giglioli, Giovanna (1998) "Los colores de la patria. Los colores de la idiosincrasia", en *Costa Rica Imaginaria*, Jiménez, A.; Oyamburu, J. (comp.), Heredia, Costa Rica: Editorial Fundación UNA.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (edit.) (1983) *The invention of Tradition*. Cambridge University Press.
- Hroch, Miroslav (1994) "La construcción de la identidad nacional: del grupo étnico a la nación moderna", en *Revista de Occidente*, N°161. Octubre. Madrid. Fundación Universitaria José Ortega y Gasset.
- Jimenez, Alexander (1998) "Poderes a la deriva", en *La percepción de lo político en Costa Rica*. Jiménez, A.; Oyamburu, J. y González, M.A. (comp.), San José de Costa Rica; Editorial Fundación UNA.
- Letourneau, Jocelyn (1991) *Le Québec moderne. Histoire, memoire, identité*. Communication présentée au 15^e Congrès Mondial de L'Association Internationale de Science Politique. Buenos Aires.
- Lobo, Tatiana (1998) "Costa Rica Imaginaria", en *Costa Rica Imaginaria*. Jiménez, A.; Oyamburu, J. (comp.) Heredia, Costa Rica; Editorial Fundación UNA.
- Mansilla, H.C.F. (1995) "Principios universales y valores particulares: El racionalismo occidental y las identidades sociales premodernas", en *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, n° 125. Madrid. Fundación Sistema.
- Mauss, Marcel (1971) *Sociología y Antropología*, Madrid, Edit. Teknos.
- Molina, Iván y Palmer, Steven (1997) *Historia de Costa Rica. Breve actualización y con ilustraciones*. San José, Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Murillo Chaverri, Cármen (1998) "La piel de la patria: sobre las representaciones de la diversidad cultural en C.R.", en *Costa Rica Imaginaria*, Jiménez, A.; Oyamburu, J. (comp.), Heredia, Costa Rica; Editorial Fundación UNA.
- Oriol, Michel (1979) "Identité Produite, Identité Instituée, Identité Exprimée: Confusions des théories de l'identité nationale et culturelle", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*. VOL LXVI. Presse Universitaires de France. Paris, Janvier-Juin.
- Pakkasvirta, Jussi (1997) *¿Un Continente, una Nación?. Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)*. Helsinki, Academia Scientiarum Fennica.
- Palmer, Steven (1992) "Sociedad Anónima, Cultura Oficial: Inventando la Nación en Costa Rica, 1848-1900", en *Héroes al gusto de moda. Sociedad y cambio cultural en Costa Rica (1750/1900)*. Molina Jiménez, I. y Palmer, S. (edit.). Editorial Porvenir. Plumsock Mesoamerican Studies.
- Pérez Brignoli, Héctor (1987) *Transformaciones del espacio centroamericano*. Costa Rica, Mimeo, Universidad de Costa Rica.
- Quesada Soto, Alvaro (1995) *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). Enfoque Histórico Social*, San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quijada, Mónica (1994) "¿Qué Nación? Dinámicas y Dicotomías de la Nación en el Imaginario Hispanoamericano del Siglo XIX", en *Imaginar la Nación*. Francois-Xavier Guerra y Mónica Quijada (coord.). Cuadernos de Historia Latinoamericana N°2. Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos.
- Rodríguez, Miguel Angel (1989) *Al progreso por la libertad. Una interpretación de la historia*

- costarricense*. Costa Rica, Libro Libre. Serie: Democracia Hoy.
- Romero, Luis Alberto (1987) "Los Sectores Populares en las Ciudades Latinoamericanas del siglo XIX: La cuestión de la identidad", en *Desarrollo Económico*, VOL 27, N°108. Buenos Aires.
- Rovira Mas, Jorge (1989) *Costa Rica en los años 80*. Costa Rica. Edit. Porvenir.
- Sagot, Montserrat (1997) "De la exclusión a la participación política de las mujeres", en *Las Mujeres y el Poder*. Linda Berrón (Recop. y Edit.), San José, Costa Rica. Editorial Mujeres, colección Ensayos, p.8.
- Schlesinger, Peter (1989) "Identidad Nacional: Una crítica de lo que se entiende y malentiende sobre este concepto", en *Revista de Investigación y Análisis*, Vol II/N°6., México, Universidad de Colima.
- Taracena Arriola, Arturo (1995) "Nación y República en Centroamérica (1821-1865)", en *Identidades nacionales y Estado moderno en Centroamérica*. Taracena Arriola, A. y Piel, J. (comp) Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica. Colección Istmo.
- Torres Ricas, E.; Vega Carballo, J. y otros (1987) *Costa Rica. Crisis y Desafíos*. Costa Rica. Edit. D.E.I.
- Tivey, Leonard. (1987) *El Estado Nación*. Barcelona, Ediciones 62 s/a.
- Urcuyo, Constantino (1997) "Arroz con mango", en *Costa Rica Imaginaria*, Jiménez, A.; Oyamburu, J. (comp.), Heredia, Costa Rica; Editorial Fundación UNA.

Abstracts based on the novel The name of the rose, this paper deals with three thematic areas: the semiotic and metaphysical problem of relating signs with things, the culture of the mechanical arts in the Middle Ages and monastic millenarianism. The interpretation offered here tries to establish a relationship between these three domains. The main concern is the relationship between discourses and (the wish for) the end of the world, paying special attention to the role played by technical advances. A text by Jacques Derrida is used to explore this relationship. A "semiotics of pleasure" (creative) is proposed against a "semantics of truth" (destructive).

Resumen: El artículo aborda tres áreas temáticas a partir de El nombre de la rosa, el problema metafísico y semiótico de la relación entre los signos y las cosas, el avance de las artes mecánicas en la Edad Media, y el milenarismo monástico. La interpretación que se ofrece intenta relacionar estos tres ámbitos. El interés principal es la relación entre los discursos y el (deseo del) fin del mundo, poniendo especial atención al papel jugado por los desarrollos técnicos. Se utiliza un texto de Jacques Derrida para explorar esta relación. Como una "semiótica de la verdad" (destructiva) se propone una "semiótica del placer" (creativa).

En la novela de El nombre de la rosa, el editor de la biblioteca es un laborista. El ordenamiento de los libros forma una biblioteca, y cada libro, en sí mismo, es una biblioteca. Cristina Bloj
Facultad de Humanidades y Artes
Universidad Nacional de Rosario, Argentina
cbloj@hotmail.com

Para como quedan los libros. Me parece que las palabras relacionan directamente a ellas, el orden de las palabras y de los pensamientos, refleja el orden del mundo, siempre que se puede correspondencia, es decir, la verdad que de hallarse es la adecuación entre el pensamiento y el mundo. Pero su escéptico maestro, Guillermo de Baskerville, piensa que el orden de los signos no refleja el orden del mundo a pesar de que siguiendo los signos podemos encontrar cosas prácticas en el mundo: resolver un enigma por sus huellas o encontrar un asesino. En el último caso, Guillermo cree haber dado con el significado ordenar mentales equivocadas. Por lo tanto, lo valioso son las hipótesis con los signos, imaginar posibles ordenes. Este procedimiento, aunque no tengan sentido absoluto las proposiciones que de él se concluyen (si verdaderas o falsas), al menos asegura cierta efectividad práctica.

En la novela Guillermo personifica roles de Roger Bacon y de Guillermo de Ockham (ambos franciscanos). En el siglo XIII, Bacon propuso